



**Hugo Rodríguez-Alcalá**

△▽

## **Diálogo en el monte**

Hoy no sé -nunca lo supe- cómo me alejé tanto de los hombres de mi patrulla ni cómo o por qué se alejaron ellos de mí. Lo cierto es que me encontré solo y perdido en el monte. ¿Dónde quedaban nuestras líneas? ¿Dónde las del enemigo? Tan hosco era el silencio como el monte. Mi herida del muslo derecho, curada con esmero y bien cerrada un año antes, me producía un escozor en el centro mismo de su rosada cicatriz. Esta era para mí un pronóstico infalible de inminente lluvia. El cielo -no podía verse bien el cielo desde aquel espinoso bosque- debía de tener nubes de tormenta que no alcanzaba yo a divisar.

Esta posibilidad de lluvia me daba una gran esperanza. La sed empezaba no sólo a debilitarme sino a trastornarme. Me producía antojos, me hacía ver visiones. A cada veinte o treinta pasos en el ámbito de mi perdimiento, me parecía entrever, detrás de las matas, allí, hacia adelante, a derecha o izquierda, el brillo turbador de una aguada. Mi cantimplora de aluminio, vacía desde la víspera, no me pesaba en absoluto desde el extremo de la correa. Ni la sentía moverse a mi costado.

Algo debía de pasarle a mi brújula porque su aguja no señalaba la dirección esperable con la fijeza orientadora. Se movía un poco, sí, perdida como yo en el centro de los Rumbos de la Rosa. Como yo, ella ignoraba cuál de los treinta y dos rumbos me llevaría [191] hacia el norte. De indicármelo la brújula en forma inequívoca, ya marcharía hacia el sureste.

Me sentía febril, excitado y apático en el correr de los minutos. La sed me reseca la garganta y me parecía que la lengua ya comenzaba a hinchárseme.

Me he detenido ahora en un claro del monte, tratando de escudriñar el cielo, mirando ansiosamente hacia arriba, de uno a otro lado, cuando siento un breve crujido de ramitas secas a pocos pasos hacia la derecha.

Bajo yo los ojos y veo con estupor la figura de un hombre joven, un oficial bien plantado, un enemigo, que me encañona con una pistola automática calibre 45. Yo he oído claramente el clic característico del arma al ser amartillada.

-Mi teniente -me dice la aparición-, no se mueva, quédese allí donde está; cruce los brazos sobre el pecho.

La voz que oigo es firme pero cordial. Sin la amenaza de la pistola amartillada, la actitud del desconocido, la manera de sonreír bajo el bigote rubio, el gesto de la mano izquierda tendida hacia mí como para ofrecerme algo, todo en él me parece de una urbanidad perfecta.

El caqui de su uniforme es más oscuro que el verde del mío; el corte -y el estado- de sus botas pardas son mejores que los de las mías. Noto que su pantalón de montar es nuevo o casi nuevo; pero que su gorra de visera parda, es ya veterana. Todo esto lo advierto de un solo golpe de vista. Sin embargo, la imagen que de él tengo [192] no es constante en sus detalles. Los ojos del intruso, azules en el primer instante, no son azules sino negros, muy negros; el bigote, rubio segundos antes, es ahora también negro. En otros detalles también la imagen cambia. La misma voz del desconocido, todavía cortés suena con otro timbre.

-¿Tiene usted mucha sed? -me pregunta el oficial entre irónico y solícito.

-¿Cómo lo sabe?

-¡Ah! -dice una voz ahora ronca- Me es más fácil adivinar la sed que el hambre. No soy bisoño en estos desiertos sin agua.

-Usted parece andar de paseo, no de patrulla -comento yo sonriendo como él; pero no muy seguro de que la vista y el oído me engañen o no. De si él es de verdad, hombre de carne y hueso.

-Paseo no es precisamente el mío. -me responde- Está durando ya demasiado y ha de durar bastante más.

-No parece usted ni cansado ni sediento como yo -le digo.

-Las apariencias engañan, ¿sabe usted? Pero acaso sea yo más fuerte que usted, si no más joven -me contesta. Y sonrío como divertido y veo en sus ojos -que otra vez parecen azules- una burla amable aunque no ofensiva ni petulante.- ¿Qué edad tiene usted?

-¿Qué edad tengo yo?, pregunto a mi vez. ¿Y a usted qué le importa? [193]

-A mí me interesan muchas cosas: su edad, el nombre de su regimiento, el número de su batallón y, claro está, el nombre y apellido de usted mismo.

-Pero hay cosas que no puedo ni quiero contarle. Ni estoy seguro de que usted esté donde está allí, con esa pistola. Sin embargo, sepa usted que tengo veinticinco años.

Cruzado de brazos como él me ha ordenado, lo observo yo, también divertido, pero también aprensivo de ser víctima de una extraña broma.

-Yo también tengo veinticinco años. -me informa- Mi signo zodiacal es Acuario.

Al decir esto, me pareció que él tenía de pronto muchos más años; que había arrugas en su piel tostada y que su bigote era canoso. Pero como siguiendo una broma inofensiva, contesto:

-Mi signo zodiacal es Sagitario.

-¿De Asunción es usted?

-Se lo diré con gusto si me cuenta de dónde es, primero, usted.

-Por eso no vamos a reñir: soy de La Paz.

-Y yo soy de Asunción -declaro, como si ser de Asunción fuese algo muy importante y, además, un desafío. [194]

-¡Ah! ¡De Asunción, eh! -me dice el hombre de Acuario y de La Paz. Y agrega:

-¡Tienen fama de hermosas las muchachas de Asunción! ¡Quién pudiera enamorar a una de ellas, a una linda de verdad!

-Muy fácil -le contesto- Usted me entrega esa pistola, yo lo llevo al Comandante de mi regimiento, y él lo envía a retaguardia. En Asunción tendría usted alojamiento gratis y la ocasión de conocer -sólo conocer- a alguna hermosa enfermera de la Cruz Roja.

-Eso sería como si un ciego quisiera hacer de guía en este bosque. Hace rato que lo observo yo a usted y que sigo sus pasos de sonámbulo, escondiéndome detrás de la maleza. Usted se ha perdido, usted delira de sed, y usted no tiene ni idea de dónde se encuentra. ¿Qué le parece si hacemos las cosas al revés y yo lo llevo conmigo hasta el Comandante de mi regimiento?

-No, no puede ser -contesto yo.- Eso me llevaría muy lejos de Asunción, acaso hasta la altísima La Paz. Y sepa usted que en Asunción tengo yo una hermosa muchacha que me está esperando hace ya demasiado tiempo.

-¿Quiere mostrarme usted su retrato, alguna foto? Yo le mostraré una foto de la mía -me dice-. Y del bolsillo izquierdo de la guerrera saca lo que ha de ser, sin duda, una pequeña fotografía dentro de un medallón de plata, ovalado.

Yo amago un movimiento como para esconderme detrás de un quebracho y luego, ya empuñado mi revólver... ¡Vaya uno a [195] saber lo que haría! Este enemigo tan cordial me está irritando, me está tomando el pelo.

-¡Un momento...!- me ataja el desconocido avanzando hacia mí la mano armada, el tubo de la pistola apuntándome el pecho.- ¡No vaya usted a hacer una tontería!

-No vaya, por ejemplo, a escaparse estando como está extraviado, febril y sin saber adónde dirigir sus pasos.

-No haré ninguna tontería -contesto con irritación y alzo los brazos en ademán de fastidio.

-Usted está a merced mía, amigo mío; pero este no es un encuentro inamistoso. Alguien hizo, con un primo hermano mío, más hermano que primo, subteniente de infantería, lo que yo voy a hacer con usted.

-¿Y qué va a hacer usted conmigo? -pregunto sin disimular mi impaciencia y disgusto.

-Lo voy a dejar libre y en paz amigo mío; pero antes le indicaré a usted dónde se encuentra y en qué dirección debe marcharse hasta llegar a su unidad.

-Gracias -le digo y suelto una risa inesperada, a pesar de la sed y de mi cólera.

Entonces veo con asombro que con rápido movimiento el de Acuario alza primero y luego baja su pistola guardándola en su funda. Y que me dice con amplia sonrisa: [196]

-Ahora le ofrezco mi cantimplora y beba lo que quiera. Tómela -agrega- y me la tiende asida con ambas manos.

Ni se me ocurre a mí sacar el revólver calibre 38 que tengo al flanco derecho, listo, y con la tira desabrochada. Me apodero, sí, de la cantimplora y con gran esfuerzo para no apresurarme, bebo lentamente largos sorbos de agua tibia aunque deliciosa.

-Ahora -dice- vaya por allí a la derecha y a unos doscientos metros encontrará una picada en desuso. Doble a la izquierda y camine hasta llegar a sus avanzadas.

Yo ya le he devuelto la cantimplora y estoy hurgando en mi billetera.

-Esta foto es de María Stella -le informo. Es una foto reciente. Muéstreme después la suya.

Estuvimos un rato, uno junto a otro, como viejos amigos, observando las fotos y elogiando a las ausentes.

Después nos dimos la mano y nos despedimos.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

